

mar, que si se hunde se ahogan todos; este malentendido lo reforzó don Adolfo Hitler, que se construyó un bunker para morir en él, aunque esto, la verdad, los faraones egipcios (por cierto, «faraón» no significa «Rey» en egipcio antiguo, como creen tantos, sino «Casa Grande», «Far Ao», como si dijéramos ahora, y lo diremos, «Palacio dice esto», «Palacio manda lo otro») lo hacían mejor, porque se construían búnkeres para que les metieran en ellos después de muertos y hay en Egipto hasta un valle de búnkeres llamado el Valle de los Reyes.

Pero volviendo a los búnkeres, digamos, modernos, la idea del bunker es muy distinta: se trata de un reducto duro de pelar en el que hay que defenderse mientras llegan refuerzos o se reajusta la situación militar, pero del que hay que salir por piernas o manos en alto en cuanto se ve que los refuerzos no van a llegar y la situación se ha vuelto irreaajustable y sólo quedan dos cartuchos, como quien dice que todos los

ministerios han sido ocupados por liberales peligrosos y las fuerzas de la verdad tardan en llegar. Normalmente, los búnkeridas rendidos se acogen a las convenciones ginebrinas sobre los derechos del prisionero de guerra y todo acaba más o menos bien. Lo malo, sin embargo, es cuando la misión del bunker se entiende mal y nadie se rinde, aunque la guerra esté perdida.

Entonces la mejor solución es dejar de sitiar el bunker y volver uno a sus cosas y el que está dentro ya saldrá o si no sale, pues eso, que no salga, porque no hay nada más desairado como un combatiente con quien nadie quiere luchar. Otra solución es la que apunta Ilija Ehrenburg en su novela «Julio Jurenito»: «dar a los búnkeridas plintos por cuenta del contribuyente para que se suban a ellos y posen ante la admiración general ocho horas diarias, linterna en mano, por supuesto, con vacaciones pagadas, seguros sociales y hasta si me apuran trienios». ■ JESUS PARDO.



## PERO SE MOVIA

**C**UANDO se sugirió al equipo de «Triunfo» que durante los cuatro meses de suspensión nos pasáramos a HERMANO LOBO comprendimos que en la Resistencia pasaban cosas así, que en todas las resistencias el principio motor ha sido moral y más o menos siempre se ha parecido al: Pero se mueve del amigo Galileo Galilei, en paz descanse. Terminan ahora los cuatro meses de suspensión, día a día, a «Triunfo» nunca nadie le ha regalado nada y más de una vez le han quitado la cartera histórica en el tranvía del deseo, los triunfistas dejamos HERMANO LOBO y volvemos a casa. Mientras empaqueto mi máquina de escribir, una pesadísima y vieja Continental portátil, mis holandesas y esa botella de aguardiente de pera que siempre me acompaña para entonarme en el país del desentono, pienso en mi curiosa condición de viajero por revistas que se cierran o se abren, pero siempre por revistas al borde del abismo, única forma decente de ejercer el periodismo y el matrimonio.

Recuerdo que en una época de paro forzoso, tras el cierre de la publicación en que trabajaba, un cierre que llegó de la mano de Fraga pocos meses antes de la promulgación de la ley de Prensa, tuve que llevar mis bártulos profesionales a una revista dedicada a la mujer, en el sentido más convencional del término. Allí escribí sobre lencería fina, ropa interior de señora y unos cuantos elogios sentimentales, como el dedicado a las gordas, en los que trataba de dar salida a una escritura de supuesta calidad, más un servicio a mí mismo que a los lectores, pues entonces no me daba el presupuesto para aguardiente de pera y necesito tres litros de vino tinto para empezar a sentirme a gusto. Pues bien, la revista la teledirigía un anglosajón céltico, y cuando publiqué mi *Elogio Sentimental de la Gordá*, el anglosajón se saltó por encima la autoridad de la directora de la revista y me sometió a un hábil interrogatorio:

—¿Es usted un terrorista?

—¿Por qué?

—En la era de la Shrimpton o de Twiggy, usted escribe un *Elogio Sentimental de la Gordá* que va a desorientar a nuestra clientela femenina.

—Hay gordas y gordas. Ya lo digo en el artículo. No se crea que a mí me gusta la venus de Willendorf.

—Usted es un terrorista cultural.

—No, señor. Soy un resistente cultural. Que no es lo mismo.

—Siga con los temas de ropa interior y déjese de elogios a las gordas.

Al día siguiente le entregué a mi directora un artículo titulado *Elogio sentimental del culo* y no volví a poner los pies en aquella revista.

—Y ¿a qué culos se refería usted, don Sixto?

Me pregunta Encarna, que ha asistido silenciosa a este monólogo en voz alta.

—Al de las gordas. ■ SIXTO CAMARA